

caribes que proclamaban la independencia. Quien nos juzgue exagerados ó acaso influidos por el noble sentimiento de la patria como españoles, que no nos crea á nosotros: lea á los escritores americanos, lea la historia de Alaman, mejicano y ministro que ha sido de aquella república, y nos dará la razon.

Por nuestra parte, sin entrar á referir las varias peripecias de aquella revolucion, daremos cuenta sumariamente de los hechos de armas en que tomó parte Iturbide contra los insurgentes de su propio país y en favor de España.

V.

Pocos dias bastaron á Hidalgo para estender su movimiento de una manera formidable: habia entrado á saco ciudades importantes como Guanajuato, capital de la provincia minera mas rica de Méjico, penetrado y dominado en Valladolid, fundido cañones, organizado fuerzas regulares de ejército, estendido el fuego de la rebelion entre las tribus indias, allegado muchedumbres inmensas de combatientes, bien que sin organizacion y mal armados. Fanatizados los indigenas por el caudillo de la insurreccion que prometia á los vivos el repartimiento de bienes de los gachupines, y á los muertos la gloria del cielo en nombre de la Virgen de Guadalupe, que proclamó patrona de los rebeldes, haciendo creer que los europeos querian

entregar el país al francés, y que él batallaba por Fernando VII, á quien creian muchos que llevaba en el coche, tomando por tal á una bella jóven vestida de hombre que acompañaba á Hidalgo en todas sus correrías, los indios se precipitaban á millares en el campo de la insurreccion.

Con 80.000 hombres bajo su mando, Hidalgo, proclamado generalísimo, amenazaba á Méjico, despues de saquear y asesinar á los infinitos españoles que cayeron en su poder en las ciudades que tomó ó en los pueblos que se le entregaron sin resistencia. Temíase que aquel torrente furioso todo lo llevase por delante con su arrollador ímpetu; no se creía que hubiera dique bastante fuerte que se le opusiese. Venegas, el nuevo Virey, que, apenas instalado en el mando y sin conocer el país, se veía con aquel conflicto encima, espidió órdenes apremiantes para improvisar un ejército con que resistir, y fortuna fué que, aun sin haberlas recibido, y á la primera noticia que tuvo del movimiento, el brigadier Calleja, comandante general de la brigada del Potosí, empezara á reunir las mermadas fuerzas que tenia bajo su mando, y con las cuales se formó el único reducidísimo ejército que podia oponerse á la abalancha, al parecer irresistible, que la mano de un clérigo disoluto, improvisado guerrero, lanzaba ya sobre la capital de Méjico.

Hidalgo no quiso habérselas con este pequeño núcleo de fuerzas regulares, y obrando con prudencia y con audacia al mismo tiempo, prefirió dirigirse á la capital, en la confianza de que, sin tiempo y sin medios el Virey de organizar una resistencia, podria penetrar en ella á favor de sus inmensas masas y antes

de que viniese á socorrerla el animoso Calleja con su improvisada columna de operaciones. No contaba Hidalgo con la varonil entereza del nuevo Virey, quien destacó á un español que trajo consigo, el teniente coronel D. Torcuato Trujillo, con poco mas de mil hombres de tropas bisoñas y abigarradas, para que detuviera á los insurgentes en su marcha, escribiéndole para infundirle aliento estas inmortales palabras: «Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos contemplan; la Europa tiene sus ojos fijos sobre nosotros; el mundo entero va á juzgarnos; la España, esa cara patria, por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo espera todo de nuestro celo y decision. Vencer ó morir es nuestra divisa. Si á Vd. le toca pagar este tributo en ese punto, tendrá la gloria de haberse anticipado á mí en pocas horas en consumir tan grato holocausto: yo no podré sobrevivir á la mengua de ser vencido por gente vil y fementida.»

Trujillo fué un héroe, un verdadero héroe que en esta ocasion midió la altura de Leónidas. Defendiendo aquí un fuerte, allá el vado de un rio, hostilizando siempre á las huestes contrarias, desplegando guerrillas con sumo acierto, replegó al fin todas sus fuerzas sobre el Monte de las Cruces que domina el camino de Méjico, por donde venia Hidalgo. Colocó los dos únicos cañones que tenia, mandados tambien por un español, el teniente de navío D. Juan Bautista de Ustariz, en posicion ventajosa y sin empeñar la accion hasta tener á los rebeldes encima, para aprovechar mejor la metralla de su escasa artillería, que ocultó con

ramaje, desordenó y barrió con los primeros disparos toda la cabeza de la columna enemiga. Retrocedió ésta, no intentó la infantería nuevo ataque, y empezó Hidalgo á hacer uso tambien de sus cañones, al mismo tiempo que Trujillo dispuso un movimiento por ambos costados, atacando la derecha de los insurgentes el español Bringas con escasas tres compañías, y la izquierda el mejicano Itúrbide, que por primera vez asistia á una funcion de guerra. Este se condujo con inteligencia y serenidad, rechazando con sus fuegos al enemigo, que trataba de apoderarse del monte que él debia ocupar y ocupó, bien que luego, herido Bringas en el opuesto lado, y frustrado el designio de Trujillo, tuvo que replegarse.

No podian avanzar los insurgentes por el camino real, bizarramente defendido por D. José de Mendivil, el jefe del regimiento de infantería de Tres Villas, único que entró en accion, y quisieron rodear, al abrigo de los bosques y á favor de sus masas, la posicion que ocupaba Trujillo, pero éste no perdió en ningun momento su serenidad, los dejó acercarse mas y mas á punto que oia las proposiciones de los insurrectos, que tentaban su ambicion para que se pasase á ellos, y cuando los tuvo encima, mandó hacer fuego y dejó sembrado el monte de cadáveres y heridos.

La accion duró hasta las cinco y media de la tarde. Trujillo tenia perdida la tercera parte de su gente entre muertos y heridos, y no quedaban á sus soldados mas que cinco cartuchos por plaza. Dispuso su retirada, no sin desmontar antes la batería enemiga que mas le molestaba, y no sin abrirse paso con la punta de las bayonetas de dos compañías para desalo-

jar á los insurgentes que se le opusieron, siguiéndole el resto de sus tropas en columna cerrada. Así se retiró aquel puñado de valientes, luchando todo el camino é imponiéndose á la caballería que los seguía, la cual abandonó muy pronto la persecucion.

Itúrbide se distinguió notablemente en esta accion: Trujillo dice que cumplió con tino y honor cuanto le mandó, no separándose de su lado en tan difícil retirada. Además, cuando Mendivil fué herido, lo sacó del fuego, y montándolo en su caballo lo llevó consigo.

VI.

Itúrbide que desde el primer momento se puso en frente de la insurreccion de Hidalgo, rechazando los deslumbradores ofrecimientos que éste le hizo en el comienzo de ella, asistiendo á la accion del Monte de las Cruces, de que acabamos de hablar, y declarando á los insurgentes una guerra sin cuartel, fué destinado á la persecucion de las gabillas que se presentaron en otras partes mandadas por guerrilleros algo más temibles que Hidalgo, como era Morelos, por ejemplo, cura también como Hidalgo, como Hidalgo por generalísimo aclamado, no menos implacable y cruel en su odio á los españoles, pero que, al revés de como obraba su compañero, solo quería á su lado gente útil para batirse y no grandes masas sin regimentar, que sirven de estorbo más que de ayuda en las batallas.

Itúrbide se condujo no menos bizarramente en su nuevo empleo, y por cierto que habiendo quedado mandando en Tasco con una parte del batallón de Tula, cuando este punto fué atacado por los insurgentes, lo defendió con singular denuedo, dejando el lecho de enfermo para mandar sus tropas. Tuvo Itúrbide, sin embargo, que dejar este mando, porque la tierra caliente no le probaba y lo puso al borde del sepulcro.

Entonces pasó á su país natal, Valladolid, como ayudante del teniente coronel Castillo Bustamante, y en todas las acciones en que tomó parte dió pruebas de gran inteligencia y de un arrojo personal sorprendente.

Todavía era subalterno, todavía era capitán y se le confió ya una comisión difícil é importante. Tenían que enviarse á Méjico las platas existentes en el mineral de Guanajuato, pero corrían peligro de caer en manos de Albino García, latro-faccioso de gran corazón, que hasta entonces venía burlándose de todas las persecuciones de que había sido objeto. A fin de que el convoy no corriese ningún peligro, Itúrbide tenía que avisar de antemano al general Cruz y al brigadier Negrete, jefes situados en distintos puntos y que operaban en las provincias de Valladolid y Querétaro. Itúrbide, atravesando un país infestado de partidas, marchó con sesenta hombres á desempeñar su comisión, y en seis días, recorriendo gran número de leguas, cumplió admirablemente su cometido.

Evacuada esta comisión, sugirió á su jefe el coronel García Conde la idea atrevidísima de sorprender al mismo Albino García, terror de toda la co-

marca en que operaba. Itúrbide fué encargado de esta empresa, poniéndose á su disposicion cincuenta dragones de Puebla, setenta y cuatro de Frontera, diez y siete granaderos de la Corona y veinte soldados del Mixto. Debía suponer Albino García que las tropas que le hostilizaban harto tenian que hacer con poner en seguridad el convoy, de modo que, habiendo forzado la marcha por la noche Itúrbide con su pequeña columna, llegó á las dos de la madrugada al pueblo del Valle de Santiago, en donde estaba Albino, sin que nadie se apercibiese de su llegada. Todos dormian tranquilamente y despertaron con sobresalto al ruido que hacia la gente de Itúrbide. «Aquí los granaderos de la Corona.» «Allá el batallon Mixto.» «¡Que ocupen los cañones las bocas calles!» «Listo el escuadron de Frontera.» «Venga acá el de Puebla.» Y los de Albino García se creyeron perdidos, porque con estas voces creyeron que se las habian con toda la division de García Conde. Todavía quisieron resistir en algunos cuarteles, pero era ya tarde: la sorpresa se habia verificado con toda felicidad. Trescientos hombres murieron de los insurgentes, ya en la accion, ya fusilados, todos ellos de los mas bravos del Bajío, y Albino García y tres compañeros mas, que Itúrbide llevó consigo, fueron también fusilados despues por García Conde.

Los oficiales y soldados que verificaron esta importantísima sorpresa eran todos mejicanos, con cuyo motivo decia Itúrbide á su inmediato jefe: «Para hacer algo por mi parte con objeto de quitar la impresion que en algunos estúpidos y sin educacion existe, de que nuestra guerra es de europeos á americanos y

de estos á los otros, digo: que en esta ocasion ha dado puntualmente la casualidad de que todos cuantos concurren á ella han sido americanos sin escepcion de persona, y tengo de ello cierta complacencia, porque apreciaria ver lavada por las mismas manos la mancha negra que algunos echaron á este país español, y convencer de que nuestra guerra es de buenos á malos, de fieles á insurgentes y de cristianos á libertinos.» Tal era entonces el lenguaje y tal la conducta del que, andando el tiempo, habia de ser el verdadero autor de la Independencia.

Itúrbide fué ascendido por el Virey al grado de teniente coronel, y cuando llegó á Méjico con García Conde acompañando el convoy de plata, todas las miradas se dirigian á él, y la multitud lo señalaba como á un héroe. ¡Proféticos anuncios de su elevacion futura, revelaciones del destino anticipadas por el instinto de las muchedumbres, que adivinan á sus favoritos!

VII.

Volvió Itúrbide á su centro de operaciones que era el Valle de Santiago, y allí derrotó al insurgente Liceaga, no con gran reputacion de bravo, pero sí de emprendedor y activo. Retiróse Liceaga á la laguna de Yurira, como á sitio seguro, y allí fortificó de una manera formidable dos islotes que habia y unió por medio de una calzada. García Conde juzgó temerario

é inútil tomar esta isla por la fuerza, cuando de ocupar las márgenes de la laguna tenían que rendirse los insurgentes que en aquella se guarecían; pero á la impetuosa de Itúrbide se resistían estas dilaciones. Diez y nueve combates sostuvo en cuarenta días, despejando de enemigos los alrededores, hasta que asentó su campo en Santiaguillo, frente á la isla, disponiendo por fin un desembarco por medio de ocho balsas y dos canoas, protegidas á la vez por una balsa y una canoa provistas de artillería. Quemóse un gran repuesto de pólvora que tenían los de la isla, y este siniestro desalentó á sus defensores. Itúrbide considerando que iba á ser corta la resistencia, desdeñó tomar parte en la acción, y en efecto los insurgentes se rindieron sin dar grandes muestras de sí, viniendo todos á caer prisioneros ó á dar con el agua, huyendo de la caballería que los esperaba en las márgenes de la laguna, aludiendo á lo cual dice Itúrbide con no escasa pedantería en su parte: «¡Miserables, ellos habrán conocido su error en aquel lugar terrible en que no podrán remediarlo! (Itúrbide creía condenados á los insurgentes á todas las penas del infierno como escomulgados.) ¡Quizás su catástrofe triste servirá de escarmiento á los que están aún en disposición de salvarse!»

Todavía tenemos que narrar otro hecho de armas de Itúrbide mucho más glorioso. Tenía á sus órdenes un destacamento de la corona, el batallón mixto de infantería, el cuerpo de Frontera, un escuadrón de San Carlos, el de lanceros de Orrantía, un piquete de San Luis de caballería y una sección de artillería. Con estas tropas, no ciertamente muy numerosas, sitiaba á

Salvatierra, ocupada por el insurgente D. Ramon Rayon, el jefe más caracterizado de los que estaban en armas contra el dominio español, y ciudad defendida por su posición, colocada en una altura que domina las escarpadas márgenes de un río que corre á sus plantas y que comunica con la orilla izquierda por medio de un puente de cinco varas de ancho. El Viernes Santo 16 de Abril de 1813 se aproximó Itúrbide á la ciudad por la parte del puente á practicar un reconocimiento: hiciéronle fuego los insurgentes y se retiró, con lo que cargaron recíamente sobre él, creyendo una victoria suya aquella retirada. Itúrbide, que tenía aplazado el ataque para el día siguiente, comunicó rápidamente sus instrucciones á todas sus fuerzas, y «queriendo santificar el día—era Viernes Santo—aprovechando la oportunidad que el enemigo le proporcionaba,» cargó con ímpetu sobre el puente, llevando por delante al enemigo en completa dispersión, de modo que se apoderó de su artillería y ocupó la ciudad, á la par que una columna que destacó por un vado, sin que los insurgentes pudieran revolverse apenas y sin sufrir los disparos de aquella. Grabóse una medalla de honor para todos los individuos de tropa que habían tomado parte en este glorioso hecho de armas con esta inscripción: «Venció en el puente de Salvatierra,» y á Itúrbide se le nombró coronel, dándole el mando del regimiento de infantería de Celaya y la comandancia general de la provincia del Guanajuato.

Itúrbide estableció su cuartel general en el pueblo de Irapuato y en poco tiempo organizó la defensa de los pueblos principales de la provincia, obrando con

su genial actividad. Construyó fortificaciones, formó cuerpos de patriotas, se buscó recursos para pagarlos, ahuyentó las partidas que infestaban la provincia, condujo felizmente todos los convoyes que fueron necesarios y se manifestó inexorable en el castigo de los insurgentes que caían en su poder. Ni el sexo débil encontró piedad en él, dando cuenta al virey, al poner en su conocimiento las personas fusiladas, de «haberlo sido también María Tomasa Estevez, comisionada para seducir la tropa, y habría sacado mucho fruto por su bella figura, á no ser tan acendrado el patriotismo de estos soldados,» que en la guerra y sobre todo en regiones americanas, no hay recurso, por in-moral que sea, que no se emplee, y se pierde el pudor y hasta todo sentimiento humano.

Valiente, audaz, temerario habíase manifestado Itúrbide hasta entonces: faltábale acreditar su prevision y su prudencia, cualidades no menos necesarias á un buen capitán que el valor y la temeridad. Estas y aquellas acreditó y demostró á un tiempo en el sitio de Cópore. Era este punto un cerro áspero, solo accesible en su frente, el cual estaba defendido por cuatro baluartes regularmente construídos, tres baterías en los intermedios formadas con saquillos, un ancho foso y como á distancia de cuarenta varas una fuerte trinchera ó estacada con ramas de espino. Al extremo izquierdo de este frente, habia una vereda apenas perceptible y poco practicable por lo tanto. Defendian esta posición casi inespugnable setecientos hombres, cuatrocientos con fusil y los restantes artilleros ó indios que debían hacer caer las peñas sobre los asaltantes como nuestros antepasados en Covadonga, y la ataca-

ban tres mil de todas armas á las órdenes del brigadier Llanos, con quien Itúrbide á la sazón operaba. Celebrado consejo de guerra para acordar el asalto, Itúrbide manifestó por escrito con gran copia de razones la imposibilidad de llevarle á cabo, bien que si se decidía, debía realizarse por el frente con tres columnas, á cuya cabeza se pondría él, porque de esta manera creía segura la victoria, cuando de intentar el asalto por la vereda de que hemos hablado, juzgaba inminente la derrota, porque se agolparían hácia aquel punto todos los sitiados, mucho más si á la par no se les atacaba de frente.

El brigadier Llano, decidido á dar el asalto, no siguió los consejos de Itúrbide, y obtuvo el resultado que este le anunció, aunque Itúrbide, que mandaba la columna de ataque, después de salvar su responsabilidad por el mal éxito que preveía, no economizó precaución de astucia ó arranque de heroísmo para alcanzar el triunfo. No pudieron sorprender los soldados de Itúrbide, que subían uno á uno por la vereda, á la guarnición de Cópore, y fueron rechazados, aunque no con las pérdidas que eran de temer, pudiendo Itúrbide decir en sus memorias, «que tuvo la suerte de salvar las cuatro quintas partes de la gente; que debía haber perecido toda en una acción cuyo éxito bien sabía que debía ser funesto; pero en que el pundonor militar no le permitió poner dificultades cuando se le dió la orden para el ataque.»

Levantado el sitio de Cópore, Itúrbide volvió de nuevo á su provincia de Guanajuato, en donde habían surgido nuevas partidas, y se situó otra vez en Irapuato. Siempre ansioso de acometer empresas extraordi-

narias, ambicionando ya hacer destacar su figura sobre todas, cuando vió medio pacificada su provincia, propuso reservadamente al virey verificar una sorpresa á los insurgentes que diera por resultado la captura del gobierno y congreso que tenian establecido, y vagaban de lugar en lugar ó de bosque en bosque, segun las circunstancias y apuros de la guerra. El plan era atrevido, pero no de imposible realizacion. Debíanse los insurgentes considerar completamente seguros colocados como estaban á larga distancia de todas las columnas que operaban contra ellos, y el plan de Itúrbide se apoyaba precisamente en esto, porque dividiéndose su fuerza en pequeñas partidas que, forzando las marchas y caminando por veredas escusadas, se reunieran todas en un punto no distante de Ario, en donde estaban el gobierno y el congreso insurgentes, claro es que, cayendo sobre ellos antes de que pudieran recibir aviso de parte alguna, no tenian retirada y la operacion se llevaba á cabo con toda felicidad. El virey aprobó este plan que se frustró al fin, porque al llegar al lugar de la cita á las nueve de la noche, tuvo que esperar algunas de las partidas sueltas que se extraviaron en el camino, las cuales se retardaron de cinco á seis horas, de modo que era imposible andar las diez y ocho leguas que faltaban para caer en Ario al amanecer y aplazando la operacion para la noche siguiente, por mas precauciones que tomó, tuvo de ella conocimiento el enemigo una ó dos horas despues de la en que habia calculado Itúrbide caer sobre él al salir de Irapuato. Desesperóse Itúrbide de no haber conseguido el objeto que se proponia con esta escursion y desfogó su ira, cebándose cruelísimamente en

todos los insurgentes que hizo prisioneros, de los cuales ninguno alcanzó gracia, ya la pidiera su debilidad, ya su carácter inofensivo ó ya el mismo Itúrbide la prometiera antes á los ruegos y lágrimas de los deudos y parientes de las víctimas.

VIII.

No hay duda alguna de que Itúrbide prestó valerosa ayuda á los españoles contra los insurgentes, sus compatriotas; pero sus servicios están manchados con crueldades infinitas y con infames espoliaciones. Una de las veces que vino á Guanajuato trajo consigo un cargamento de azogue y otros artículos mineros de primera necesidad para esta industria, los cuales vendió muy caros, estando en su mano como estaba, retardar el envio de otros cargamentos, siendo jefe de las fuerzas que custodiaban los convoyes, y si se agrega que los mineros tenian que hacer sus pagos en pasta de plata al ínfimo precio de cuatro pesos y medio el marco, porque el numerario escaseaba mucho, se comprenderá lo que este comercio activo y bien organizado producía á Itúrbide, bien que arruinando la industria minera en aquel rico Bajío. El escándalo llegó á punto de que las casas principales de Querétaro y Guanajuato, á pesar de que todo el mundo estaba acobardado y temeroso de que por cualquier pretesto se le tratase como á insurgente, se quejaron vi-